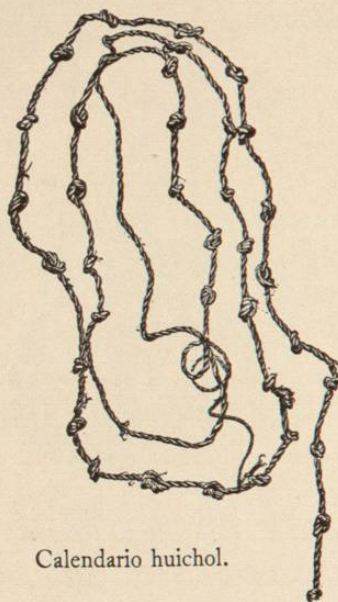


sólo no deben hacer nada inconveniente durante ese tiempo, sino que hombres y mujeres están en la obligación de compurgar cualquiera falta pasada. En la tarde del cuarto día, se reúnen todas las mujeres para confesar al Abuelo Fuego con qué hombres han tenido amores desde el principio de su vida hasta el presente, sin omitir ninguno, pues si lo hicieran, los enviados no encontrarían una sola planta. Para ayudarse la memoria, cada una prepara una cuerda hecha de tiras de



Calendario huichol.

hoja de palma, en la que hace tantos nudos como amantes ha tenido, para llevarla al templo. En pie frente al fuego, menciona en voz alta todos los nombres de los individuos representados por los nudos; cuando termina, arroja su lista al fuego, la que una vez aceptada por el dios y consumida en la flama, todo se olvida, y queda la mujer limpia de culpa. Ningún mal resultado les viene de tales confesiones, pues lo importante es purificarse y obtener la sagrada planta, aparte de que

el Dios del Fuego tiene el privilegio de borrar los pecados. Desde ese momento ven con aversión las mujeres hasta que los hombres pasen junto á ellas.

Por su parte, los hombres hacen una confesión parecida poco antes de llegar á un punto llamado La Puerta de Cerda, al otro lado de Zacatecas. Durante el camino van recordando todas sus fragilidades y haciendo nudos en sus cuerdas. Por la tarde de ese día, cuando van á descansar, primero "hablan á todos los cinco vientos" y entregan en seguida sus cuerdas al jefe, para que dis-

ponga de ellas, es decir, para que las queme. Pablo me contó que cuando fue á buscar jículi, hizo doce nudos, á más de otros siete, para los casos en que las mujeres le hubieran cogido la mano, el brazo ó el hombro. Los indios, desde ese momento, son dioses, y de acuerdo con ello los cuatro capitanes ayunan hasta llegar á la región de la planta, todavía á cinco días de distancia, consistiendo el ayuno en no comer otra cosa que el jículi que por casualidad encuentran al paso. Lleva también el jefe *yácue* ó sea tabaco natural llamado en México *macuchi*. Pasada la Puerta de Cerda, se efectúa la solemne ceremonia de la distribución de ese tabaco. Colocan por la tarde flechas ceremoniales en dirección á las cuatro partes del mundo, y todavía á media noche están sentados los indios alrededor del fuego, divinidad á quien pertenece el tabaco. El jefe, después de rezar mucho, pone la bola de tabaco en el suelo, la toca con sus plumas y suplica en alta voz. En seguida, envuelve porciones muy pequeñas en hojas de maíz, formando una especie de tamales diminutos que da á cada uno de los miembros de la comitava, quienes guardan en un guaje especial lo que les toca. Este acto simboliza para los huicholes el nacimiento del tabaco, y quienes tienen la sagrada porción deben vigilarla cuidadosamente y se hallan separados del resto del mundo, debiendo desde entonces guardar estricto orden en la marcha, sin que ninguno pase delante de otro ni camine á su lado. Si alguien tiene que obedecer á alguna necesidad natural, le avisa al que camina detrás de él y le da el bule en que lleva dicho tabaco para que se lo guarde hasta su regreso, deteniéndose entre tanto los demás, sin continuar el viaje, hasta que el individuo vuelve, recoge su guaje y ocupa su lugar en la fila. El orden en que se van siguiendo unos á otros se observa estrictamente, lo mismo que al regresar del viaje, y también durante el tiempo



que se emplea en la preparación de la fiesta. Cuando se detienen á pernoctar, se quitan los bules del tabaco y los ponen á descansar sobre una capa de yerba extendida en el suelo, para colocarlos después en los huacales de las mulas. Hasta que han cumplido con este deber les es lícito andar á su sabor. Si alguien pasa frente á un buscador de jículi, se considera que ha cometido una ofensa, y puede estar seguro de que muy pronto caerá enfermo; y si acierta á pasar á caballo algún mexi-



Región al oeste de Zacatecas que atraviesan los peyoteros.

cano y adelanta á la expedición de los comisionados, no caminará muy lejos antes de que su caballo tropiece y caiga, porque habrá provocado la ira del tabaco sagrado y á la flecha del Dios del Fuego.

Con respecto al *yacue*, cuando los indios han regresado permanecen generalmente en el templo, mientras sus mujeres duermen en las casas. Éstas no deben nunca tocar el tabaco ni aun los bules en que se lleva, pues si lo hicieran enfermarían. Todas las familias temen á los buscadores de jículi y á ninguno de éstos se le permite entrar á las casas, sino que se sientan afuera cuando van á tratar de algún negocio. Finalmente, en la fiesta del jículi, se devuelven al Abuelo Fuego los paquetitos sa-

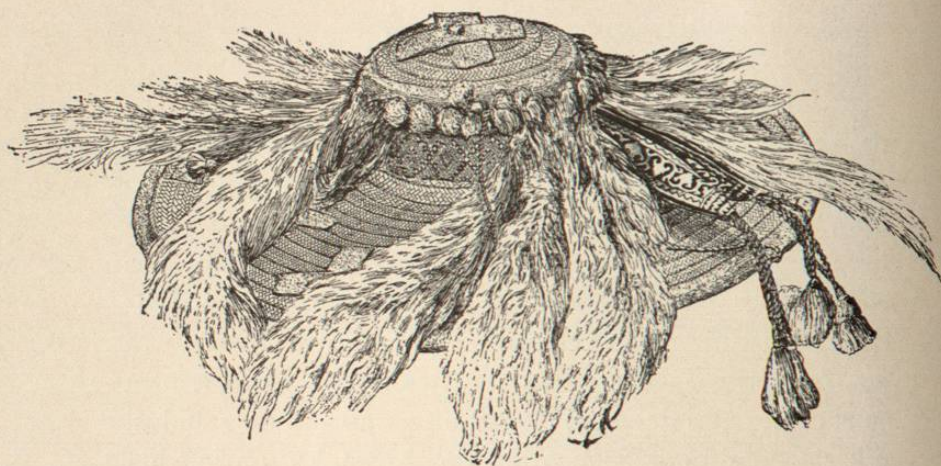
grados, esto es, se queman, con lo cual cesan los indios de ser "sus prisioneros." Dado el santo carácter del tabaco, me fue muy lisonjero el que un *shaman* de San Andrés me diera el nombre de *Yacue*. Conforme á la costumbre de la tribu, había pensado el asunto hasta que le ocurrió soñar un nombre, y pasados varios días me anunció su decisión, por la que cobró los acostumbrados honorarios de veinticinco centavos.

La ruta seguida para buscar el jículi está llena, desde el principio hasta el fin, de asociaciones religiosas. Una vez, hace largo, larguísimo tiempo, fueron los dioses en busca de jículis, pero habiéndose cansado no llegaron al debido lugar; por esto es por lo que los huicholes que viajan hoy día, encuentran á sus deidades á lo largo del camino, en forma de montañas, piedras y fuentes. Los sueños que tienen los indios durante su peregrinación, son de grande importancia para resolver las prácticas religiosas del año siguiente: deciden así quien debe encender los fuegos para la fiesta, y quién ha de sacrificar el ganado durante la estación seca para que llueva. Si una comitiva de buscadores de jículis encuentra á otra en el camino, se detienen medio día para cambiar saludos, y hasta cuando se encuentran dos huicholes, en la vida ordinaria, los he oído pronunciar los nombres de los dioses como parte de la salutación, deseándose mutuamente la bendición divina.

Al llegar al sitio que buscan, luego que han descargado las mulas y las han atendido, se alinean los indios; pone cada uno de ellos una flecha en su arco; tira de la cuerda como disponiéndose á disparar, y apunta hacia las seis regiones del mundo, á saber: primero hacia el sol (oriente), luego á la derecha y á la izquierda, en seguida hacia atrás, después hacia arriba, y por último hacia abajo, sin soltar la flecha, con la idea de matar á las plantas como si fuesen venados, pues en los tiempos



antiguos el jículi comenzó por aparecer en forma de venado. El capitán señala luego una alta mesa, que se considera como el altar principal, y dice: "Allá está el venado, sobre el primer altar." Pero él es el único que lo ve. Adelántanse caminando en silencio, con los arcos preparados, apuntando hacia adelante y bajo la dirección de los cuatro jefes. Si alguno ve un jículi, dispara hacia la planta, cuidando de no hierla, pues es necesario tomarlas vivas. Una de las flechas se debe clavar á la derecha del cacto y otra á su izquierda, de manera



Sombrero de peyotero con colas de ardilla. Diámetro, 49.5 cm.

que se crucen las saetas sobre la planta. De este modo dispara cada quien contra cinco jículis durante aquella marcha, sin detenerse á recoger las plantas ni las flechas, y prosiguen así hasta subir á la primera mesa, donde el capitán ha visto al venado. Al llegar á la cima, todos describen un círculo ceremonial, y el venado toma la forma de un torbellino, pero sólo para desaparecer de nuevo, dejando á su paso dos jículis, uno al norte y otro al sur.

En dicho lugar depositan los peregrinos sus mejores

ofrendas consistentes en hermosas jícaras votivas, flechas, escudos, flores de papel, monedas y cuentas de vidrio, así como oraciones para gozar de buena salud, que dirigen, como de costumbre, hacia los cinco vientos del mundo. Ruegan también al jículi, que antiguamente fue un sér vivo, que no los vuelva locos, y una vez concluída la ceremonia, se da la señal de regreso para arrancar las plantas y las flechas. Encuentran á las últimas cubiertas de rocío. Cada quien toma cuidadosamente sus cinco peyotes y ascienden todos de nuevo al primer altar en que dejaron las ofrendas; comen un poco de jículi con

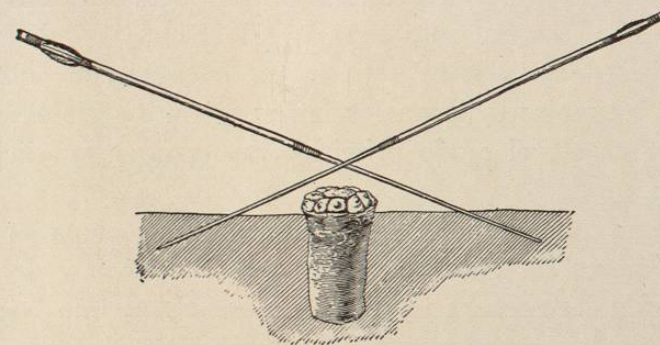


Diagrama de un peyote asaeteado.

gran delicia, cual si fuese una fruta, y el venado, visto antes solamente por el capitán, se vuelve visible para todos, porque se hallan bajo la influencia del peyote. Ofrendas semejantes á las que dejan sobre la mesa, son depositadas también junto de varias fuentes sagradas de la localidad.

Recogen en seguida plantas suficientes para tres días, extrayéndolas con ayuda de sus cuchillos, pero sin maltratarlas. Los procedimientos empleados son, en realidad, una imitación de la caza del venado, siendo el primer día, según ellos mismos lo expresan, la carrera de la flecha del Abuelo Fuego; el segundo día, la de la



flecha del Bisabuelo Cola de Ciervo, y el tercero la de todos los dioses.

El quinto día regresan á su tierra, para lo cual cada indio se coloca un jículi enfrente y le pide prosperidad para el viaje. Poco antes de ponerse en marcha, derriban los leños que han dispuesto para el fuego colocándolos siempre en posición de este á oeste, que es la dirección en que viajan, y cuando se detienen á dormir en el trayecto, se acuestan siempre con la cara al oeste, en tanto que en el primer viaje lo hacen mirando al este. Todos dan una vuelta ceremonial alrededor del hogar y emprenden su viaje al occidente. La mayor parte del jículi se empaca en los huacales llevados al efecto, pero buena cantidad de la planta la tejen en cuerdas que echan sobre las mulas ó llevan los indios mismos, siendo éste evidentemente el modo primitivo de transportar dicha planta.

Como no se permite á las mujeres que acompañen á los hombres en esta travesía, la parte femenina de la población les prepara tortillas para provisiones de boca; pero como se supone que la mayor parte tienen que ayunar, generalmente no les alcanzan para la vuelta. Pueden comprar los peregrinos alimento á los mexicanos, pero á veces tienen que subsistir durante varios días de jículi fresco. En el valle, á cinco días de distancia del término de su viaje, acude siempre á encontrarlos gente de su distrito que les lleva buena cantidad de tortillas, aunque no las bastantes para quitarles las huellas de la inanición y de las privaciones que aparecen en sus semblantes después de aquellas semanas de escasez y fatiga. Vuelven, en consecuencia, á sus casas muy enflaquecidos y bastante reducidos de peso, pero extraordinariamente satisfechos por haber cumplido su misión y sus deberes para con los dioses. Con todo, aun no pueden disfrutar del placer de encaminarse al templo,

pues al llegar á los grandes pinares que bordan su distrito, deben cazar venados durante dos ó tres días antes de efectuar su triunfal entrada al templo, que les sirve de centro principal todavía por algún tiempo, mientras se ocupan en perseguir á los venados y preparar la fiesta de la planta sagrada.